

## **Contabilidad esencial.**

**N**o sé si lo he soñado o si me lo contó mi padre, en uno de sus ataques de nostalgia. Ese transporte súbito y gratuito en la máquina del tiempo que lo suele llevar, de tanto en cuanto, a tiempos de infancia y de industrialización incipiente donde aún el asfalto no había cubierto todo el barro, y los animales compartían el espacio urbano. Repito que no sé, a ciencia cierta, si lo he soñado yo o fue él quien me contó, que en el barrio Sallobente de Elgoibar, se llevaba antaño una contabilidad estricta de las haciendas de vacuno que poseía cada caserío, por medio de un bastón grabado.

Gente ágrafa y en su mayoría analfabeta que, sin embargo, no erraba nunca en esta contabilidad que servía para conocer la riqueza exacta de cada cual. Eran caseríos que se asociaban en lo que llamaban Ermandadia, la Hermandad, una especie de cooperativa de seguros con visos de caja de resistencia.

Si moría una vaca enferma, la enterraban y la Hermandad pagaba el valor a su dueño. Si, en cambio, la res moría por accidente, nada se perdía: la carne se troceaba en tantas partes como caseríos asociados hubiere y se abonaba igualmente su valor al propietario..

La responsabilidad de esta contabilidad solía ser anual y pasaba de un caserío a otro, sin que nadie repitiera este quehacer hasta que todos los demás lo hubieran hecho. Durante un año, el poseedor del bastón recibía el título de Maiordomua.

Nacimiento, venta y muerte de terneros y vacas,, quedaban representados por unas muescas e incisiones en un bastón, creo que de madera de avellano. Un bastón cuasisagrado que era, en realidad, una caja registradora, un ordenador adelantado, una acta notarial nítidamente redactada.

Jamás he visto tal bastón ni he tenido posterior noticia de él, ni en museos antropológicos ni en exposiciones etnográficas. Por ello digo que quizás lo he imaginado: de casi la talla de un hombre, más grueso que un bastón de mano, con una cinta de cuero transpasando su punta para

poderlo así colgar de un clavo en la pared o el techo de la casa de Maiordomua. Para quien quisiera echar cuentas, bastaba con una mirada al palo de avellano suspendido.

Un bastón prácticamente tallado en la totalidad de sus superficie con un código de signos repetidos que recordarían hoy a las primeras tablas cuneiformes, a los más primitivos jeroglíficos egipcios, a las pinturas religiosas de los aborígenes australianos o a la espalda tatuada de un anciano polinesio.

Quiero creer, además, que similar práctica se llevaba a cabo en otros valles, necesitados también de la solidaridad vecinal en caso de desgracia. Eran, sin duda, tiempos y lugares, donde las cuentas corrientes tenían ubres y cornamenta.

**T**odo lo escrito viene a cuento de las fotografías de Eduardo Arrillaga que nos tiene acostumbrados ya a su Contabilidad Particular. Una contabilidad en blanco y negro, donde cada fotografía es una muesca notarial de un momento sin igual. Un registro preciso que da cuenta de algo que nadie más que el propio Eduardo ha captado.

Ya lo hizo anteriormente y porque conoce y domina su lenguaje, repite renovándose. El reportaje es un terreno infinito y siempre nuevo donde todo cabe pero no todo vale. El reportaje nos habla de un tema, sí, pero hay algo más importante: desnuda al autor, al artista que con sus ojos reconoce la potencialidad del arte y de la expresión en sucesos aparentemente banales.

Un caballo es un caballo y un árbol, un árbol. Nada más. Pero Arrillaga ve con sus ojos que no son los nuestros y descubre, súbitamente, un caballo-camaleón, camuflado en la corteza del árbol. También yo estuve allí aquél día de feria y no ví nada de particular. Sólo un árbol y un caballo. Nada más.

Eduardo atrapa, por ejemplo, el instante preciso en el que la cabra coincide en su interés con los humanos. ¿Qué será lo que todos miran, hombres y cabra? Sólo Eduardo lo sabe porque él mira con atención a los que están mirando. Todos hechizados por un antiguo fuego oculto en el interior de un camión desvencijado. Una llama que despierta la

atención de todos salvo la de Eduardo. Su atención está en otra parte.

Está en el bostezo de esas niñas, cansadas ya, de contar vacas, para ellas todas iguales. ¿Dónde están las doscientas veinte vacas que concursaron por el mejor premio de ese día? ¿Dónde están que no aparecen en la fotografía? Las vacas, todas y cada una de las doscientas veinte, están en el bostezo y hartazgo de las niñas. Caben perfectamente.

Al igual que toda la lluvia que cayó aquella tarde. Todo aquel diluvio queda contabilizado en la foto de los cuatro hombres guarecidos en la cartola que aparece detrás de los paraguas floreados. Con idéntica precisión quedan representados la terquedad, el temor y la fuerza del ternero, no en sí mismo, sino en el gesto esforzado del vaquero. En la tensión de la cuerda que no cede.

En las fotos de Arrillaga cabe mucho. Cabe todo. Como en la del anciano que lleva el paraguas plegado a la espalda. ¿Qué vemos? ¿La imagen de un hombre precavido en un día de feria lluvioso? Puede ser. Pero a sabiendas de que la mirada y, en consecuencia, la fotografía de Arrillaga, es bastante más compleja de lo que en apariencia denota, sospechemos un poco más.

Es evidente que la anécdota simple no le interesa. En la foto del anciano con paraguas a la espalda, vemos dos mundos. Uno que va y otro que viene. El mundo rural que huye ausente con paso calmo y cauteloso, y la nueva sociedad que viene a ritmo de fiesta y consumo. Dos realidades divergentes en un mismo tiempo, cruzándose en un mismo espacio. Cada cual precisamente representado: de un lado, boina, paraguas y gesto de ancianidad en las manos cruzadas por detrás; de otro, una multitud abstracta que consume globos y viene de frente. Los dos están presentes en las mismas coordenadas. Sólo que uno va, y otro, viene.

Todo cabe en estas fotos de Arrillaga, pero nada sobra. Burros bilingües, vacas maternas, caballos campeadores, retratos portentosos como el del señor simpático con boina que indica el camino a su caballo. Es hermoso lo que vemos, ciertamente. Un gesto, una anécdota. La caza de un momento. Pero, con ser ya mucho,

¿Se trata solamente de eso?. ¿O es que, fuera de la fotografía, delante de los dos protagonistas, hombre y caballo, no se muestra el gentío por donde han de pasar ambos?

¿De qué hablan esos dos ancianos apoyados en sus bastones? ¿En qué piensa el hombre que está de espaldas en medio de la plaza? ¿Por qué sabemos que es tan feliz en ese momento?

La de Arrillaga es una contabilidad esencial. Mira como nosotros pero ve distinto. Y lo apunta. Muesca a muesca. Foto a foto. En blanco y en negro. Con simetrías perfectas de escanciadores o de altivos conductores de ganado. Con puntos de fuga o planos superpuestos, como en la fotografía del lomo de animal en primer plano y coro de hombres al fondo.

Fotos de estilo realista que, sin embargo, dan cuenta del expresionismo del autor o, cuanto menos, de su necesidad de inundar de sentido cada captura. De significar mucho más que lo escuetamente representado.

Una foto, una muesca. Arrillaga talla el bastón contable de la feria con exactitud ejemplar. Lo suyo es la Contabilidad Esencial.

Para Eduardo Arrillaga. Hasier Etxeberria. 010518.